



Vaya apuntando
en este espacio
lo que hará con

50.000.000
cincuenta millones de pesetas

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Total 50.000.000

Lotería de la Cruz Roja
En su tradicional sorteo 5 de Junio Madrid

Muy escaso público en el salón de actos del Colegio Mayor Chaminade. Público de «élite», dicho sea sin ironía. Un sector del progresismo profesoral: Luis Sanmiguel y Pedro de Vega, Gimeno y Mario Gaviria, Eloy Terrón y Rodrigo Uria, Jesús Ibáñez y Jesús Aguirre, Santamaría y Cuadrado... Y algún estudiante de sociología. Y, naturalmente, José Vidal Benito, promotor de tantas cosas importantes. De ésta también.

Edgar Morin, indumentaria de «sport», cartera asida al muslo izquierdo al estilo del Oeste, el poco pelo revuelto, movimientos desenfados. Se sienta en el piso, al borde del estrado, las piernas colgantes, a la manera contestataria. En una butaca, como oyente, Johanne Morin, también, seguro, en la nómina de la contestación.

Morin habla un francés transparente, marcando las palabras en busca de todos los oídos de la sala. Además está a su lado Vidal Benito duplicando la charla y hasta enriqueciéndola con sus opiniones personales, no siempre en concordancia con las del sociólogo parisiense. Al final, el diálogo es reñido, casi conflictivo, a través de contradicciones radicales. El desarrollo de ambos temas —el análisis del acontecimiento en el proceso histórico sobre dos ejemplos (los dos mayos de París), y las relaciones biología-sociología— en dos días sucesivos, desencadena una larga discusión que se prolonga a la hora de la cena, en Gambirinus y en Las Cruzadas. A Morin se le llama irracionalista; él piensa que sus oponentes son dogmáticos, pero no lo dice. No lo dice en público. Por lo demás, no hubiera tenido motivos para decirlo. A él, sin embargo, se le podría llamar revisionista si la palabra no estuviera tan politizada, si su empleo no fuera tan intolerablemente abusivo, si no tuviera connotaciones peyorativas y hasta denigratorias. Morin es un sociólogo que va por libre, aunque haya recibido de su pasado activo un legado ideológico y sobre todo metodológico muy concreto. Ha participado en la lucha partidista y resistencial de 1941 a 1951. Después se fue a su casa. A la Universidad, a la editorial, a la revista. A trabajar en su oficio: de la mano de Morin entraron en Francia Karl Korsch y el primer Lucaks, Adorno y Horkheimer, toda la escuela de Frankfurt.

Ahora llega del mismo corazón de las turbulencias estudiantiles norteamericanas: la Universidad californiana de La Jolla, donde ha dado un curso de sociología a lo largo de seis meses. Allí está, allí profesa su amigo Herbert Marcuse

(«el viejo más joven de cuantos conozco»), al que se siente vinculado no solamente por razones personales.

Morin es hombre de «campus», sweater, chaqueta de cuero y discoteca hasta la hora de cierre; odia la gravedad pedante y las costumbres estiradas. No le importa, seguro, que le llamen frívolo los sedudos varones.

Su preocupación actual reside en el estudio del «mayo» francés, del que parte —asi como del mayo de 1958 (De Gaulle, Argella)— para analizar el papel del acontecimiento en el curso de las crisis históricas.

Mientras tomamos café charla sobre este tema; también sobre «la muerte del hombre» por decreto de los estructuralistas, sobre la situación del intelectual en la nueva industria cultural, sobre los estudiantes.

—En uno y otro lado, desde la sociología oficial, académica, y desde lo que denomino «la vulgata» marxista, se ha intentado una operación de silenciamiento, el arranque de un proceso de amnesia capaz de disolver el significado de los hechos de mayo. Por una parte se los ha visto como un puro desorden sin ningún sentido, como un estallido incontrolado para el que sólo podía haber la represión. Por otro ha existido la tendencia a forzar la entrada de aquel acontecimiento en el proceso histórico, liquidando su originalidad y disminuyendo el papel desempeñado por los estudiantes. Otros, de esta misma parte, lo han interpretado simplemente como una tentativa clásica de carácter revolucionario que fracasó. No han visto que fue un acontecimiento imprevisto, un hecho nuevo que no puede explicarse con los esquemas clásicos, con rasgos político-sociales propios, específicos. Se ha querido ignorar la importancia al respecto del movimiento «Veintidós de marzo», la imprevisible particularidad del nacimiento y el desarrollo de los hechos.

En uno de los coloquios celebrados en Madrid se reprochó a Edgar Morin que concediera un papel excesivo al azar, que tratara de extraer el acontecimiento a un intento totalizador, dialéctico.

—Creo —me dice— que se cae en el idealismo, dentro de la tradición hegeliana, cuando se quiere ver el desarrollo histórico y social como un proceso claro, evidente, sin imprevistos. Se puede emplear el concepto «freudiano» de racionalización para explicar esto. Todo lo que acontece dentro del discu-